

El Llamado

Nombre: Ricardo Contreras Cortés | Edad: 29 años | Localidad: Monte Patria

16 de julio. Los tonos verdes que regalan las lluvias me dan la bienvenida a mi pueblo natal. Hasta que al fin se asoma esa figura, imponente como siempre, vigilando mi entrada y esperándome triunfante. Acudo por el llamado de su presencia. Noche tras noche visiones de su forma me atormentaron. Ahora puedo sentirlo en el suelo y en el aire: una respiración profunda y demasiado larga para intentar imitarla; un palpitar terrenal imposible de ignorar.

Al atardecer este terrible magnetismo estremece mi mente. Casi hipnotizado comienzo mi rumbo: al subir, la luz abandona el pueblo y se concentra sobre mi destino. Continúo hasta que cierto lugar llama mi atención.

Una grieta lo suficientemente amplia me invita a entrar. Avanzo entre las piedras hasta que delante de mí solo hay una densa oscuridad, el espacio se estrecha y cada movimiento se vuelve doloroso por el áspero roce de las rocas. Mi vista intenta darle forma al angosto pasadizo, pero la negrura ofrece a mis ojos extrañas formas y figuras en un intento por descifrar mi camino. Puedo sentir que me acerco.

Un tenue resplandor aparece entre la penumbra. Una rama de piedra nace entre las rocas, conteniendo en su centro una suave luminiscencia; ya casi inmóvil, extendiendo mi mano para alcanzarla, y mientras mis dedos se acercan, la luz reacciona: se vuelve deslumbrante y se expande de manera imposible.

Mi cuerpo atrapado entre las rocas se contradice con el espacio infinito que empieza a iluminarse. Parezco flotar. El resplandor me ciega y ni siquiera mis párpados detienen esta imagen. Debo verla. Me obliga a contemplar. Parezco estar en la cima, el infinito cielo se extiende. Avanzo. Un sentimiento de poder me invade. Marcho. Trato de ver mi cuerpo, pero no estoy en mí y de mi boca salen palabras que no son mías.

Soy la punta de la lanza, soy la ira de Trentren Vilú y mi avance es implacable. Detrás de mí, legiones de roca avanzarán hacia el mar y ahogarán al hombre con su arrogante indolencia.

Aquellos que nos levantamos por misericordia, hoy avanzamos sin clemencia.

Me contagio del ímpetu de avanzar. Siento el palpitar y debo atender la llamada. Pero con cada latir, la ira se apacigua. La visión se desvanece. Mi cuerpo nuevamente me pertenece.

Abro los ojos afuera. La tranquilidad nocturna es interrumpida por un ritmo lejano: flautas y tambor. Un disonante compás se superpone al palpitar del cerro, que se suaviza al resonar con aquella melodía. Tal como un arrullo, la música entenece esta ira.